

Relaciones internacionales: entre la teoría y la práctica

Contribuciones teóricas y metodológicas
al estudio de la dimensión cultural
en las relaciones internacionales*

Hugo Rogélio Suppo y Mónica Leite Lessa**

Introducción

Los factores culturales tienen cada vez más consideración, junto a los factores físicos (situación geográfica, recursos naturales y demografía) y estructurales (naturaleza y forma de las instituciones políticas y económicas), como determinantes en la política exterior de los estados. Son considerados factores culturales "la cultura propiamente dicha, la ideología, las mentalidades colectivas, la opinión pública, la personalidad de los responsables políticos y la estructura de sus percepciones".¹ La cultura, por lo tanto, entendida como un sistema de valores, es un poderoso factor de influencia en la política externa de los países y, por consiguiente, un elemento de aproximación o conflicto entre los estados.

Mientras tanto, la dimensión cultural de las relaciones internacionales, a pesar de haber sido un tema relativamente abordado por algunos estudiosos, siempre fue considerada de manera secundaria. En el Brasil, por ejemplo, señala Amado

* Traducido del portugués y del francés por Eduardo Madrid, Centro de Estudios Internacionales y Latinoamericanos, Instituto de Investigaciones de Historia Económica y Social, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires.

** Universidade do Estado do Rio de Janeiro. Ponencia presentada en las VII Jornadas de Historia de las Relaciones Internacionales, AAHRI, CEILA, IHES, FCE, UBA, 22 al 24 de octubre de 2003.

1. Braillard, Philippe y Djalili, Mohamed Reza. *Les relations internationales*. París, 1988, p. 68.

Cervo, nunca se le confirió al “elemento psicosocial o cultural” la importancia necesaria, pero se privilegiaron los estudios más típicos de un país del “tercer mundo”, tales como, “las relaciones existentes entre la política internacional y la dominación o dependencia internacional, entre la política internacional y las diferentes etapas de desarrollo”.² De esta manera, los temas dominantes fueron el estudio de las fronteras, la política exterior de la República Vieja, el papel de las elites y del Parlamento, las relaciones económicas con el exterior, la dimensión internacional de la cuestión amazónica, las relaciones con África y con Italia.³ Sin embargo, algunos trabajos publicados en los años '90, e injustamente ausentes del listado de Amado Cervo, integraron la dimensión cultural como campo de estudio de las relaciones internacionales brasileñas; entre ellos, por ejemplo, las investigaciones de Gerson Moura⁴, Mónica Hertz⁵ y José Flavio Sombra Saraiva.⁶

En esta comunicación, a partir del análisis del papel otorgado por la bibliografía clásica a la dimensión cultural de las relaciones internacionales, y desde una óptica multidisciplinaria, proponemos nuevas reflexiones teóricas y metodológicas para el estudio de esta problemática.

El factor cultural

Aunque no sea tratado como una problemática específica por los análisis realistas, el tema cultural aparece como un elemento de “fuerzas profundas”, en el sentido que le atribuye Renouvin. De este modo, la cultura es considerada como un elemento que, en mayor o menor medida, condiciona la política exterior de los países y, por lo tanto, es instrumentada por el estado en busca de influencia y prestigio en el escenario internacional.

-
2. Cervo, Amado Luiz (org.). *As relações históricas entre o Brasil e a Itália: o papel da diplomacia*. Brasília, 1992, p.9.
 3. Cervo, Amado Luiz (org.). “Relações internacionais do Brasil”, en *O desafio internacional: a política exterior do Brasil de 1930 a nossos dias*. Brasília, 1994, p. 24.
 4. Moura, Gerson (1993). *Tio Sam chega ao Brasil. A penetração cultural americana*. San Pablo.
 5. Carioca, Zé. *O embaixador de duas caras*. Informe de investigación al CNPq (Beca de iniciación científica). Río de Janeiro, 1986; “A dimensão cultural das relações internacionais: proposta teórica-metodológica”, en *Contexto Internacional*, nº 6, IRI/PUC. Río de Janeiro, julio-diciembre 1987. *Política cultural externa e atores transnacionais. O caso da Fundação Ford no Brasil*, Defensa de Maestría presentada en IUPERJ. Río de Janeiro, 1989.
 6. Sombra Saraiva, José Flavio. “Do silêncio á afirmação: as relações do Brasil com África”, en Cervo, Amado Luiz (org.). *O desafio internacional: a política exterior do Brasil de 1930 a nossos dias*. Brasília, 1994. *O lugar da África: a dimensão atlântica da política externa brasileira de 1946 a nossos dias*. Brasília, 1996.

Para Carr, por ejemplo, las ideologías constituyen uno de los factores que, junto a los poderes militar y económico, garantizan el poder político de las naciones. En ese sentido, resalta la manera en que el régimen soviético, debido a su debilidad militar y económica, instrumentó la Internacional Comunista como vehículo de propaganda ideológica al servicio de su política exterior.⁷ Mientras tanto, observa Carr, las ideas sólo se tornan políticamente eficaces cuando un poder político nacional las encarna y las une al poder económico y militar. En su análisis, el factor cultural posee aún otra dimensión: “El hecho de que la propaganda nacional, en todas partes, se disfraza tan astutamente en ideologías de carácter aparentemente internacional, prueba la existencia de un *stock* internacional de ideas comunes, por más limitado y débil que sea, y al cual se puede apelar, y de una creencia en que estas ideas comunes se colocan, de algún modo, en una escala de valores por encima de los intereses nacionales. Este *stock* de ideas comunes es lo que entendemos por moral internacional”.⁸

Morgenthau prefiere el término *cultura* al de *ideología* porque éste abarca todo tipo de influencia intelectual, facilitando la conquista militar o la penetración económica. Para este autor, el “imperialismo cultural” es más “sutil”, más efectivo que el “imperialismo militar” y el “imperialismo económico” porque persigue “el control de las mentes de los hombres como herramienta para la modificación de las relaciones de poder entre dos naciones” y “el reemplazo de una cultura por otra”.⁹ Al mismo tiempo, por un lado, el empleo de las simpatías culturales y de las afinidades políticas como armas del imperialismo es casi tan antiguo como el propio imperialismo y, por otro lado, la cultura no constituye un factor de paz en el proceso de construcción de una hipotética comunidad mundial: “el hecho de que miembros de diferentes naciones compartan las mismas experiencias intelectuales y estéticas no crea una sociedad, pues ello no origina acciones moral y políticamente relevantes por parte de los miembros de dichas naciones con respecto a aquellos que no comparten dichas experiencias”.¹⁰ En ese sentido, para Morgenthau, el papel de la UNESCO no tendría influencia alguna en la cooperación internacional y en alcanzar la paz dado que “el problema de la comunidad mundial es moral y político, y no intelectual y estético.”¹¹

Por su parte, defendiendo una “sociología histórica de las relaciones internacionales”, Raymond Aron observa que la “política de potencia” entre países amigos está limitada a la persuasión, e inmediatamente el factor cultural es utilizado frecuentemente como “medio de potencia”, esta es, por ejemplo, la característica

7. Carr, Edward Hallet. *Vinte anos de crise: 1939-1945. Uma introdução ao Estudo das Relações Internacionais*. Brasília, 2001, pp. 172-188.

8. *Ibid.* p. 188.

9. Morgenthau, Hans J. *Política entre las naciones. La lucha por el poder y la paz*. Buenos Aires, 1992, pp. 83-84.

10. *Ibid.* p. 594.

11. *Ibid.* p. 596.

de la política exterior francesa. Los grandes actores de esta política son los diplomáticos e intelectuales, los “soldados del tiempo de la paz”. Los primeros, afirma Aron, siempre intentan reclutar aliados o reducir el número de enemigos; los segundos son los constructores de los vínculos más profundos, animados por la defensa de la grandeza y la gloria francesas.¹²

No obstante, a pesar de la importancia atribuida al factor cultural, es solamente a partir de los años setenta, con el desarrollo de nuevos paradigmas en el estudio de las relaciones internacionales, que observamos la dimensión intercultural de la sociedad internacional al ser incorporada como nuevo campo de investigación. Hedley Bull le atribuyó una importancia fundamental al factor cultural por considerarlo como el rasgo común a todas las sociedades internacionales históricas: “todas se basaron en una cultura o civilización común, o al menos en algunos elementos de tal civilización: el idioma, la epistemología y la visión del universo, la religión, el código estético, una tradición artística”.¹³ Esta cultura común no solo facilita la comunicación y comprensión recíproca sino que también refuerza los intereses comunes “que impulsan a los estados a aceptar la comunidad de ideas, instituciones y valores”.¹⁴ Mientras tanto, advierte Bull, la sociedad internacional contemporánea es, al contrario de las anteriores (basadas en una cultura o civilización común), culturalmente heterogénea. Por eso, según Bull, asistimos hoy al fin de un proceso iniciado con la Revolución Industrial, cuando los europeos dejaron de tratar a sus interlocutores en condiciones de relativa igualdad para imponer su cultura al mundo.

Al resaltar el factor cultural como el fundamento clave de las relaciones internacionales, Bull formula la teoría de la sociedad internacional. Ésta se basa en el factor cultural, en el análisis del papel de las diferentes culturas o civilizaciones (católica, hindú, islámica, china, etc.) como soporte necesario para la agregación de los diversos sistemas internacionales regionales. Al mismo tiempo, la sociedad internacional global del siglo XX no se sustenta más en una cultura o civilización común.¹⁵ De este modo, el futuro de la sociedad internacional está, según Bull, ligado a la perspectiva de la cultura cosmopolita, que en la actualidad se presenta bajo dos niveles distintos: como “fundamento de la comunicación entre los estados miembros de la sociedad” (“lengua, perspectiva filosófica o epistemológica, la tradición literaria o artística”)¹⁶ y como valor común (religión o código moral) para “reforzar el sentido de los intereses comunes que unía a los estados por la percepción de una obligación colectiva”.¹⁷ En relación a la sociedad inter-

12. Aron, Raymond. *Paix et Guerre entre les nations*, París, Calmann-Levy, 1984, pp. 58 y 101.

13. *A sociedade anárquica*. Brasília, EdUnBr, Instituto de Pesquisa de Relações Internacionais. Sao Paulo, Imprensa Oficial do Estado de Sao Paulo, 2002, p. 22.

14. *Ibid.*, p. 22.

15. *Ibid.*, p. 22.

16. *Ibid.*, p. 354.

17. *Ibid.*, p. 354.

nacional esas culturas comunes son también de dos tipos: “cultura diplomática” (conjunto de ideas y valores compartidos por los representantes oficiales de los estados)¹⁸ y “cultura política internacional” (“la cultura ética e intelectual que determina las actitudes con relación al sistema de estados de las sociedades que lo componen”).¹⁹

La dimensión cultural de las relaciones internacionales

Un breve balance sobre la bibliografía existente sobre nuestro tema es doblemente necesario. En primer lugar, para evaluar el progreso realizado en los últimos cincuenta años, lo que revela cierta “edad” del tema en cuestión. En segundo lugar, para evaluar los límites de ese progreso y la necesidad de realizar avances más audaces, más empíricos y más capaces, de una vez por todas, de alcanzar la dimensión cultural –de manera simétrica– de las relaciones internacionales junto a las demás.

Uno de los primeros estudios sobre el asunto surge después de la Segunda Guerra, en 1947, con la publicación del libro de las norteamericanas McMurry y Lee.²⁰ Por primera vez emerge a la luz una obra académica que analiza las políticas culturales de los países, que analiza la dimensión cultural en tanto elemento constitutivo de la política externa de los países. Publicado apenas un año antes del libro de Morgenthau, que además lo cita en su obra, el libro de McMurry y Lee establece que las relaciones culturales constituyen un terreno de cooperación pero también de propaganda nacional y/o de vector de dominación y/o de penetración extranjera. En 1964, Philipp H. Coombs, primer secretario asistente de Estado para Asuntos Educativos y Culturales – cargo creado por John Kennedy – publicó un libro cuyo título indica la importancia de la política cultural sobre la política exterior de los países, y más precisamente para los Estados Unidos, junto a las tres dimensiones tradicionales: la política, la económica y la militar.²¹ Anteriormente, en los años cincuenta, los libros de los suizos Alfred Zehnder²² y Karl Doka²³ reafirmaron las relaciones culturales internacionales como un área específica de las relaciones internacionales. Para Doka la propaganda cultural se ejerce tanto en territorio extranjero como en territorio nacional,

18. *Ibid.*, p. 354.

19. *Ibid.*, pp. 354-355.

20. McMurry, Ruth Emily y Lee, Muna. *The cultural approach. An other way in international relations*. North Carolina, University Press of North Carolina, 1947.

21. Coombs, Philip H. *The fourth dimension of foreign policy: educational and cultural affairs*. Nueva York, Harper y Row, 1964, pp. 6-7.

22. Zehnder, Alfred. *Politique extérieure et Relations culturelles*. Ginebra, 1957.

23. Doka, Karl. *Les relations culturelles sur le plan international*. Neufchâtel, La Baconnière, 1959.

por lo que advierte: “en la lucha por la influencia cultural se procede exactamente como si se tratara de asuntos económicos o militares, o si se cambiaran los valores culturales por los bienes económicos. Se puede llegar a los estados de dependencia (“*dumping* cultural”) que amenazan transformarse luego en dependencias políticas”²⁴

Francia, señalada por diversos autores como pionera en instrumentalizar su cultura nacional al servicio de su política exterior, sólo produjo sus primeras reflexiones en ese campo a partir de la década del '60²⁵ cuando dos funcionarios del ministerio de Relaciones Exteriores, Louis Dollot²⁶ y Suzanne Balous,²⁷ publicaron libros específicos sobre la acción cultural del país en el mundo. Al mismo tiempo, tales obras son balances generales sobre la expansión cultural francesa después de 1945, no generando ningún análisis profundo del proceso histórico de esa expansión, ya sea por países o por períodos. Asimismo, para Dollot, las relaciones culturales son un elemento esencial de las relaciones internacionales²⁸; frente al término “diplomacia cultural” prefiere utilizar “política de relaciones culturales”²⁹ para definir una política de expansión cultural.³⁰ En 1978, la tesis de doctorado de otro funcionario del ministerio de Relaciones Exteriores, Albert Salon, ofreció una visión de conjunto de las relaciones culturales francesas internacionales. Salon formula el concepto de “acción cultural” como el más apropiado para el análisis de las relaciones culturales. Afirma que solamente este concepto engloba la duración y el dinamismo del proceso, siendo los demás términos utilizados en el dominio de las relaciones culturales -como “presencia”, “relaciones”, “propaganda”, “expansión”, “política”-, insuficientes para expresar claramente el fenómeno en su dimensión bilateral, en razón de denotar nociones y valores estáticos y descriptivos. Al contrario, el concepto de “acción cultural” permite afirmar que: “en su plenitud la acción cultural es, por lo tanto, la acción de una cultura, para la cultura, por la cultura, y eventualmente para otros objetivos”.³¹ Ciertamente, el concepto es totalizador, pero ¿no será también una forma de evadir la cuestión de

24. *Ibid.*, p. 30.

25. Ese momento corresponde, en el plano interno, a una redefinición de la política cultural interna durante la gestión del ministro gaullista André Malraux.

26. Dollot, Louis. *Les relations culturelles internationales*. París, Puf, 1964 y *La France dans le monde actuel*. París, Puf, 1967.

27. Balous, Suzanne. *L'action culturelle de la France dans le monde*. París, Puf, 1970.

28. *Ibid.*, p. 30.

29. Dollot, Louis es necesario recordar, no tiene una preocupación teórica en su libro. Intenta hacer apenas una puesta a punto del lugar que Francia ocupa en el mundo, por eso mismo no explica sus instrumentos de análisis limitándose a aplicar, sin grandes explicaciones, esta nueva nomenclatura.

30. Dollot, Louis, *op. cit.*, p. 30.

31. Salon, Albert. *L'action culturelle de la France dans le monde*. Tesis de doctorado, Université de París I, marzo 1981, 3 vol. p. 8.

las relaciones de poder existentes entre las naciones y los hombres?, ¿de minimizar el papel determinante, como coordinador y organizador, del estado francés en las relaciones culturales francesas?

En la misma línea se inscribe el libro del diplomático inglés John Mitchell, que establece una distinción entre “diplomacia cultural”, vinculada a la política exterior de los estados, y “relaciones culturales”, caracterizadas por sus “objetivos de mutualidad y cooperación”.³² Mitchell distingue cuatro modelos de actuación: control gubernamental, agencias autónomas no gubernamentales, sistema mixto y sistema voluntario. También, los actores involucrados son encuadrados en: equipo basado en el país de origen del programa, equipo local, profesores y agentes que actúan donde no hay ninguna representación cultural. Mitchell diferencia aún las actividades desarrolladas en: presencia, información e intercambio cultural. Más recientemente, según este autor, la dimensión cultural de ayuda tecnológica al desarrollo ha adquirido una significativa participación.

Del otro lado del Atlántico, en los años '90, y en un esfuerzo para formular una teoría de las relaciones internacionales, Jean-Baptiste Duroselle le dedica a las relaciones culturales algunas páginas de uno de sus últimos libros, que identifica en el papel de las relaciones pacíficas entre los estados, junto a las relaciones comerciales, financieras y político-militares.³³ Según Duroselle, las relaciones culturales pueden clasificarse en dos tipos: espontáneas y de política cultural. Las primeras son establecidas entre los individuos de manera accidental o fortuita. Las segundas forman parte de una política de estado o de una acción de grupos privados, en mayor o menor medida, siguiendo la geopolítica del país de origen y con el acuerdo o coordinación de sus respectivos ministerios de Relaciones Exteriores. Las relaciones culturales son “asimétricas”, es decir, son, en primera instancia, relaciones de conquista, relaciones propias a los imperios, creadoras de relaciones de dependencia. La política cultural es un medio de propaganda intelectual con objetivos políticos y se caracteriza por relacionar dos países, uno “donador” y otro “receptor”.

En 1998, René Girault elaboró una explicación global de las relaciones internacionales basada en un “estado cultural” entendido como: “la existencia de épocas distintas que dependen conjuntamente de los principales objetivos que caracterizaron las relaciones entre los hombres separados por las fronteras puestas en comparación en las conciencias por las representaciones propias de esta época. Estas representaciones se originan en la cultura dominante de la época; de este modo, ellas mismas están determinadas por las condiciones tecnológicas, econó-

32. Mitchell, J. M. *International Cultural Relations*. Londres, Allen y Unwin/British Council, 1986.

33. Duroselle, Jean-Baptiste. *Tout Empire périra. Théorie des relations internationales*. París, Armand Colin Editeur, 1992, pp. 188-207.

micas, ideológicas, religiosas, sociales del momento, en un complejo más o menos coherente que se manifiesta en el sistema político global existente".³⁴

Dentro de esta lógica, según Girault, la historia de las relaciones internacionales podría dividirse en cuatro "etapas" culturales dominantes: desde el inicio del siglo XIX hasta los años de 1880: cultura nacional europea (creación de los Estados-Nación); desde el final del siglo XIX hasta la Segunda Guerra: cultura imperialista moderna (nacionalismo de potencia); desde la Segunda Guerra hasta el derrumbe de la URSS: cultura superimperial (globalización); desde la desaparición de la URSS hasta la actualidad.

Como vimos, a partir de los años cincuenta se abrió un nuevo campo de investigación y reflexión en el área de las relaciones internacionales. Es de hacer notar también que algunos de esos trabajos (Balous, Dollot, Coombs, Salon o Mitchell) son una mezcla de propaganda nacional e informes, en parte destinados a los agentes involucrados en la política cultural de sus países, en parte a los especialistas de las áreas susceptibles que se interesan por el tema, o por ciertos países o por los actores involucrados. En el plano institucional, y siguiendo los pasos de sus homónimos extranjeros, la diplomacia brasileña manifestó su interés publicando la importante tesis de doctorado del diplomático Edgar Telles Ribeiro. Transformada en libro en 1989, *A diplomacia cultural*³⁵ fue publicada por la FUNAG, en la colección de Relaciones Internacionales.

También en el Brasil, en 1989, Mónica Hertz estudió el papel de la Fundación Ford entre 1960 y 1970, o sea, durante los veinte primeros años de sus actividades en el Brasil, y propuso, como alternativa al paradigma realista, la "sociologización del debate sobre el sistema internacional", es decir, la incorporación de valores, normas, principios, códigos y actores no estatales. Bastante crítica con relación a las posiciones de Mitchell, que ella considera insatisfactorias dado que "las ideas de cooperación y de mutualidad son despolitizadas",³⁶ Hertz determina como su universo de análisis la ayuda tecnológica y económica (que excluye la educación, las artes, las publicaciones y la cultura de masas) porque los patrones culturales se transmiten a través de esa ayuda y terminan ejerciendo su influencia. Como concepto operativo, Hertz propone "proyectos culturales": "la política que resulta en la conformación de los patrones culturales, con la difusión de ciertos valores, estilos y sistemas simbólicos. Se trata de políticas elaboradas por agentes privados y, en este sentido, institucionalmente autónomos con relación a los agentes de la política exterior del estado. En cuanto al contenido de estas políticas, verificaremos que las circunstancias históricas indicarán el grado de autonomía que puedan llegar a tener".³⁷

34. Girault, René. *Éter hisotorien des relations internationales*. París, Publications de la Sorbonne, 1998, p. 28.

35. Ribeiro, Edgar Telles. *Difusão cultural: uma alternativa a serviço da política externa brasileira*, tesis de doctorado defendida en el IPRI-MRE, en Brasilia, en 1987.

36. Hertz, Mónica. *Política cultural externa e atores transnacionais*, op. cit., p. 46.

37. *Ibid.*, p. 46.

Por cierto, una de las importantes contribuciones teóricas sobre nuestro tema es el artículo *Relations interculturelles et développement*,³⁸ de Roy Preiswerk, que analiza, desde una óptica multidisciplinaria y a partir de la problemática del desarrollo, el lugar de las relaciones interculturales. Éstas son definidas como “relaciones entre miembros de grupos o de sociedades diferenciadas por la cultura (y no por la nacionalidad)” en tres tipos, según las relaciones de fuerza económica y militar: “exportación cultural”, “importación cultural” e “intercambio cultural”. Para Preiswerk, las relaciones interculturales, “involuntarias” en algunos casos, son frecuentemente un instrumento de dominación política y económica; es el llamado “imperialismo cultural” que se sitúa en el centro de las estrategias de la creación de las relaciones económicas asimétricas, generadoras de dependencia. Según Preiswerk, los medios esenciales de la influencia cultural son tres: la lengua, el comportamiento en cuanto expresión de un modelo cultural y los objetos y artículos de consumo. Sin embargo, fue la descolonización, según este autor, la que provocó una crisis epistemológica en los estudios de las relaciones internacionales, llevando a los “internacionalistas” a integrarse a la problemática de las “relaciones interculturales”. Estas, desde el punto de vista teórico, pueden ser consideradas bajo tres ángulos distintos: una parte del estudio de las relaciones internacionales, un dominio distinto de las relaciones internacionales y una totalidad donde las relaciones internacionales serían apenas una parte. En este caso, Preiswerk preconiza considerar como variables cuatro niveles de cultura: microcultura, cultura nacional, cultura regional y macrocultura. Advierte, además, que ciertos aspectos de la cultura nacional tienen un papel determinante en los mecanismos de decisión. Finalmente, a partir de un enfoque multidisciplinario, presenta o define cuatro grupos de conceptos considerados centrales en el estudio de las relaciones interculturales: I) el “etnocentrismo cognitivo”, definido como “toda actitud atribuida a la cultura por su grupo de ocupar un lugar privilegiado dentro de una jerarquía y el menoscabo de otras culturas a través de su propio cuadro de referencia”,³⁹ II) la “comprensión intercultural, o empatía”, que “depende tanto de la ideología del grupo como del estilo cognitivo y de la constelación afectiva del individuo” – a esta última están ligados los problemas derivados de la “distancia cultural”, no en el sentido evolucionista sino más bien en el sentido de las diferencias, pudiendo hasta provocar un “choque cultural”-; III) la cuestión de la “identidad de los grupos”, con los problemas derivados de la llamada “crisis de identidad”; IV) la cuestión de la “cultura mundial o universal”, las “interculturales”. En ese sentido, Preiswerk se opone a las llamadas teorías del “nivelamiento”, que profetizan el fin de la diversidad cultural, defendiendo las teorías del pluralismo cultural, aceptando el reencuentro cultural mediante el cual

38. Preiswerk, Roy. “Relations interculturelles et développement”, en Cahiers de l'Institut d'Etudes du Développement, *Le Savoir et le Faire. Relations interculturelles et développement*, Ginebra, 1975, pp. 10-36.

39. *Ibid.*, p. 31.

“los pueblos no occidentales pueden interiorizarse sobre las más diversas formas de toda la cultura occidental guardando una cierta identidad”.⁴⁰

A su vez, Marcel Merle, en su clásico *Sociologie des Relations Internationales*, de 1976, considera que son cinco los factores que comandan o influyen en el comportamiento de los actores en el sistema internacional: el natural, el técnico, el demográfico, el económico y el ideológico. Según Merle, el progreso técnico provocó cambios radicales en el plano de las relaciones internacionales, especialmente en el desarrollo de los medios de comunicación, transformando a la propia diplomacia, a la estrategia y a la cultura. Aún más, según este autor, estas son las transformaciones culturales de mayor importancia porque “los hechos políticos, al comenzar por el hecho nacional, son en gran parte hechos culturales”.⁴¹ En ese sentido, el estado-nación no está constituido sólo por un territorio, una población e instituciones comunes sino por “un sistema de relaciones fundamentado sobre el intercambio constante de innumerables mensajes mediante los cuales sus ciudadanos se comunican preferentemente entre sí, más que con los ciudadanos de los países vecinos”.⁴² Las informaciones sobre el mundo exterior sufren un doble proceso de selección, el de los organismos nacionales de información (diarios, radio, televisión, etc.) y, el que es más importante, el del propio público. “El público tamiza, selecciona, memoriza, registra o rechaza los mensajes que le llegan, en función de un sistema de valores que le sirve en cierta manera de medida o de código para descifrar o interpretar las informaciones. Este sistema de valores (o cultura) está en estrecha dependencia con el sistema educativo, y especialmente con los estereotipos alimentados por la enseñanza de la historia y de la literatura”.⁴³

Mientras tanto, ese sistema de valores relativamente cerrado, la cultura, fue “deteriorado” por el desarrollo de la red nacional y mundial de comunicación masiva y de información sin llegar a la uniformidad cultural del mundo. En *La politique étrangère* Merle considera la afirmación de identidad como la primera necesidad vital que toda colectividad política profundiza: “es más, se distingue de sus vecinos y, con más razón, de sus rivales”.⁴⁴ Esa identidad es forjada a través de la lengua, de la cultura, de la religión y de la historia. Frecuentemente, la identidad nacional será invocada como justificativo ideológico o “simple *camouflage* de una política de potencia” mediante la idea de que ella tiene una misión que cumplir más allá de sus fronteras nacionales: el “destino manifiesto” para los Estados Unidos, el mesianismo revolucionario para la URSS, la “misión civilizadora” de Francia, etc. Desde este punto de vista, la política interna determina la

40. *Ibid.*, p. 35.

41. Merle, Serge. *La politique étrangère*. París, Presses Universitaires de France, 1984, p. 150.

42. *Ibid.*, p. 136.

43. *Ibid.*, p. 136.

44. Merle, Serge. *La politique étrangère*. París, Presses Universitaires de France, 1984, p. 150.

política exterior y provoca la confrontación entre los numerosos mesianismos existentes.

En una misma dirección internacionalista, Saul Friedlander, preocupado por explicar una serie de fenómenos que no se limitan necesariamente a las relaciones interestatales, redefine las relaciones internacionales como "el dominio de todas las interacciones entre individuos o grupos que traspasan el cuadro interestatal. Los grupos pueden estar organizados o no y las interacciones, que son individuales o colectivas, pueden tener el efecto de un proceso deliberado o no".⁴⁵ Mientras tanto, como la cultura incluye la expresión política, esas relaciones internacionales son apenas un aspecto de las relaciones interculturales. Es decir, todavía se puede hablar de relaciones internacionales como un campo de estudios coherente, aunque sea necesario "hacer la distinción entre relaciones transnacionales, relaciones interestatales y relaciones interculturales como dominios de conceptos enteramente diferentes, aunque no tan alejados unos de otros como en el caso de la astronomía y de la biología molecular".⁴⁶ Friedlander considera el dominio de las relaciones interculturales como un tema todavía poco estudiado y donde no hay ninguna metodología establecida; entonces propone, en un primer momento, la interpretación, la hermenéutica del tema, acompañada y completada por una explicación sistemática. Para eso es necesario elaborar una taxonomía de las relaciones interculturales basada en tres ejes: a) aculturación y dependencia, b) enfrentamiento y rechazo, c) simbiosis e interdependencia.⁴⁷

En Europa, en 1980, los renombrados Instituto de Historia de las Relaciones Internacionales Pierre Renouvin (París) y el Instituto Universitario de Altos Estudios Internacionales (Ginebra), organizaron el primer congreso internacional de relaciones culturales internacionales. En el mismo año, la revista conjunta de los dos institutos publicó los resultados de sus investigaciones presentadas durante el congreso, ofreciendo así el primer gran balance de los trabajos académicos, a nivel internacional. En tal ocasión, el historiador Pierre Milza escribió: "la cultura, comprendida en un sentido amplio, consiste en la producción, la difusión y la consumación de los objetos simbólicos creados por una sociedad, constituye en primer lugar un agente o factor de las relaciones internacionales, en la medida en que ella actúe sobre las mentalidades y oriente el sentimiento público. Pero es al mismo tiempo una compulsión o, si se prefiere, un terreno de confrontación sobre el que intervienen diversos grupos y fuerzas antagónicas, en donde la acción opera en forma soterrada, de una manera más entornada u oculta".⁴⁸

45. Friedlander, Saul. "Paradigma perdu et retour à l'histoire. Esquisse de quelques développements possibles de l'étude des relations internationales", en Institut Universitaire des Hautes Études Internationales, *Les relations internationales dans un monde en mutation*. Ginebra/Leiden, 1977, p. 80

46. *Ibid.*, p. 89.

47. *Ibid.*, pp. 81-86.

48. Milza, Pierre. "Culture et relations internationales", en *Relations Internationales*, n° 24. París, 1980, p. 362.

Jean F. Freymond es también uno de los primeros en intentar elaborar un cuadro teórico y formular algunas hipótesis de trabajo sobre el tema de las relaciones culturales.⁴⁹ Propone una ampliación con nuevas fuentes de investigación y una nueva forma de interpretación de las mismas. Al mismo tiempo, la primera dificultad que se le presenta es elegir el concepto de cultura. La definición clásica de Taylor es considerada descriptiva, muy general e inadecuada para explicar la naturaleza dinámica del fenómeno cultural, así como la complejidad de las relaciones entre una determinada cultura, el grupo que la encarna y su entorno. Son igualmente dejadas de lado las definiciones de Wrigh, Malinowski y Bell. Finalmente, Freymond eligió la definición de Gustav von Grunebaum: "el sistema clásico de preguntas y respuestas se refiere al universo y al comportamiento humano, en toda ocasión donde la sociedad reconoce una norma imperativa. Una constelación de valores determina el lugar y la importancia relativas de alguna de las preguntas y respuestas. En otros términos, es un juicio de valor que asumirá la coherencia y reglará la interacción de las diversas respuestas que admite una cultura determinada y que marca la existencia del individuo y del grupo".⁵⁰

Es decir, a cada sociedad le corresponde un sistema cultural dado, un sistema de referencias propio, distinto a los demás. En esa dirección, el sistema internacional puede ser entendido como un sistema compuesto de sistemas culturales diferentes: "En ese sentido, en tanto sistema de referencia colectivo, la cultura propia incorporada al estado/sociedad constituye uno de los fundamentos de la política exterior de los estados, donde contribuye a influir en su curso. Ella orienta de la misma manera las relaciones transnacionales. En todos los casos, modela en gran parte el desarrollo dentro del cual las políticas se elaboran y se ejecutan. Influye sobre la visión, la percepción y el comportamiento de los actores, tanto quienes son gobernados o no. Condiciona su capacidad de analizar una situación y determina en parte la manera de hacer las cosas. De este modo, la cultura es una fuerza profunda en el sentido que entiende Pierre Renouvin. Constituye también uno de los elementos de la coyuntura definida por Fernand Braudel. Todo sistema cultural es complejo y comprende diversos elementos. Los aspectos de un sistema no influyen tanto si previamente no pasan por la identificación de las relaciones exteriores de un estado. Ciertamente, pesa mucho más que otros. De este modo, invariablemente, este es un sistema de valores y de conjunto de las normas que sustentan las mentalidades colectivas y gobiernan los comportamientos".⁵¹

Es decir, en las relaciones entre los estados/sociedades hay una dimensión cultural que será parcialmente determinada por el sistema de referencias cultural. Los valores difundidos, los conceptos y técnicas propios a un sistema cultural son

49. Freymond, Jean F. "Rencontres de cultures et relations internationales", en *Relations Internationales*, n° 24. París, 1980.

50. Von Grunebaum, Gustav E. *L'identité culturelle de l'Islam*. París, Gallimard, 1973, p. 1.

51. Freymond, Jean F. *op. cit.*, p. 405.

transferidos a uno o a varios sistemas culturales. Este encuentro de sistemas culturales, denominado por Freymond "relaciones interculturales", es el generador del fenómeno del "cambio cultural", proceso mediante el cual los dos sistemas efectúan operaciones de "importación" y "exportación" cultural. Al mismo tiempo, las dos sociedades se verán afectadas. Cuando el encuentro se da entre sociedades desiguales, la importación cultural efectuada puede provocar fenómenos de aculturación. La aculturación puede presentar formas muy variadas, dependiendo, en primer lugar, de la naturaleza del sistema cultural, en segundo lugar, de la distancia entre las dos culturas, así como del volumen, de la naturaleza, del tipo de trazo cultural importado. De esta forma, observamos situaciones muy variadas de aculturación: asimilación, integración, sincretismos, separación, segmentación y negación "invariablemente porque en todos los casos existe una desestructuración y partición, y al mismo tiempo, una reestructuración del sistema cultural".⁵²

En este caso asistimos a una verdadera crisis colectiva de identidad provocada fundamentalmente por el encuentro cultural. Sin embargo, esta desestabilización social no afecta de la misma forma a todos los miembros de la sociedad. Las elites, en general, están más expuestas a sufrir los efectos de la penetración cultural, sobre todo en los países no occidentales, en donde se verifican casos de "segmentación de conciencias", de "juego dialéctico de dos personalidades", que ya fueron analizados por Alain Touraine, Melville Herskovits y Roger Bastide.⁵³ Por otro lado, la sociedad desestabilizada adopta, generalmente, dos tipos de reacciones: defensiva, cuando la sociedad intenta encerrarse sobre sí misma y se aísla del exterior, siendo el nacionalismo una de las formas de ese proceso. Reactiva, cuando la sociedad intenta recuperar el equilibrio cultural, recrear o reconstituir un sistema de referencia coherente, articulado en torno a ciertos valores o creencias. Una vuelta al pasado es frecuente en las sociedades donde se revaloriza la historia y en otras es frecuente recurrir a una ideología.

Finalmente, Marcel Merle hace una propuesta revolucionaria en *Forces et enjeux dans les relations internationales*: la creación de un nuevo paradigma centrado en el factor cultural, en sustitución de los tres grandes paradigmas existentes en el área de las relaciones internacionales, puesto que el paradigma realista -al privilegiar el factor político- el paradigma liberal -al privilegiar el factor económico- y el paradigma de la interdependencia -al privilegiar la revolución tecnológica- apenas dan cuenta de una parte de la realidad internacional y no de toda su complejidad. Para Merle, la dimensión cultural de las relaciones internacionales puede analizarse de tres maneras diferentes: los asuntos culturales serían una especie de "producto de la actividad política y económica de los estados, más cercanos a la propaganda y a la conclusión de mercados beneficios que a la difusión y al intercambio de ideas";⁵⁴ las relaciones culturales conservarían cierta auto-

52. *Ibid.*, p. 408.

53. *Ibid.*, p. 410.

54. Merle, Marcel. *Forces et enjeux dans les relations internationales*, París, Economica, 1985, p. 342.

mía en relación a la política y a la economía; lo cultural sería “el elemento determinante susceptible de dar cuenta del comportamiento de los actores internacionales”.⁵⁵

Por cierto, Merle define la cultura de una manera bastante abstracta y ello le permite una aplicación atemporal y universal: “el conjunto de los sistemas de valores y de representaciones sirve de referencia para la identificación de grupos nacionales, subnacionales o supranacionales”.⁵⁶ Para Merle, la cuestión es descubrir por qué esos elementos, en ciertos períodos históricos, se tornan tan importantes. La primera respuesta es evidente: en los períodos de invasión y conquista emerge el factor cultural dando lugar, después del conflicto, a una u otra de las siguientes situaciones, pasando de fases de tensión a etapas de cooperación. Se vuelve a la situación anterior de aislamiento de las culturas, simbiosis entre las culturas rivales, dominación de un modelo cultural sobre los demás.

Mientras tanto, después de la Segunda Guerra, las tensiones culturales fueron provocadas por tres elementos⁵⁷ que actúan, frecuentemente, de manera combinada: 1) los nuevos estados surgidos de la descolonización heredaron de los colonizadores las fronteras que no correspondían a las etnias, lenguas y religiones existentes, lo que dificultó la construcción de esos nuevos estados-nación; 2) el progreso técnico en el dominio de las comunicaciones, luego de transformar el mundo en la mítica “aldea global” de McLuhan, transformó los conflictos culturales en más agudos. Conflictos provocados, sobre todo, por la reacción contra la cultura dominante canalizada por los *mass media*, que niegan a las otras culturas transformándolas en folclore; 3) la cultura se transformó en un “producto” cuya fabricación y utilización no son neutras, creando situaciones de dominación “silenciosa” de los modos de vida y costumbres del país objetivo.

Considerando que la dimensión cultural de las relaciones internacionales es multiforme, Merle elabora un inventario de sus manifestaciones presentando dos que, a su entender, son las más significativas: a) las manifestaciones derivadas de la discordancia entre el sistema político y las “áreas culturales” esto es, cuando un estado cobra una heterogeneidad cultural; b) las manifestaciones derivadas del intento de una identidad perdida en las sociedades tradicionales por causa de la revolución tecnológica. Las exigencias de la modernización que tornan ilusorio el encuentro de la preservación de la identidad de las civilizaciones tradicionales.

En el caso a) tenemos, por ejemplo, a la mayoría de los estados surgidos de la descolonización y a los estados que emergieron del desmembramiento de los grandes Imperios (Yugoslavia y la mayoría de los países balcánicos). En los viejos países de tradición centralizadora existen también fenómenos de micronacionalismos culturales de base lingüística (Bélgica, Canadá), religiosa (Irlanda del Norte) o raciales (Sudáfrica y los Estados Unidos en los años '60). Cuando estos

55. *Ibid.*, p. 342.

56. *Ibid.*, p. 343.

57. *Ibid.*, pp. 344-345.

factores se combinan, como el caso del problema vasco en España o en los nuevos países surgidos después del colapso del Imperio soviético, la situación es explosiva. Estas tensiones culturales provocan divisiones internas en los países y pueden estimular las intervenciones externas. Por otro lado, están las manifestaciones derivadas del disenso entre grandes "áreas culturales" que cubren un gran número de estados. En el caso de las solidaridades transnacionales (religiosas, lingüísticas e ideológicas) se sobreponen ilusoriamente a la heterogeneidad política. El resultado de todo esto es que los estados, aunque continúen controlando la situación, están obligados a concurrir con otros actores y fuerzas generando una tensión permanente entre la dimensión cultural y la dimensión política. En ese sentido, "el factor de la experiencia es su autonomía, que se infiltra a través de las fallas del sistema político, más precisamente allí donde el sistema político se revela impotente para cumplir las tareas que les son normalmente impartidas".⁵⁸

Nuevos puntos de vista, nuevos abordajes.

Anticipando a Samuel P. Huntington, aunque sin sostener los mismos argumentos que éste, constatamos que muchos de los autores citados aquí consideran que las polarizaciones nacionales e internacionales serán, cada vez más, de cuño cultural. Sin embargo, a despecho del reconocimiento creciente de la importancia de la dimensión cultural en las relaciones internacionales, Celestino del Arenal identifica tres enfoques analíticos entre los especialistas: la dimensión cultural como subproducto de la actividad política y económica de los estados, o como un factor con cierta autonomía, o como el elemento determinante susceptible de explicar el comportamiento de los actores internacionales. Para Arenal, la primera posición es todavía dominante.⁵⁹ Efectivamente, el libro de Fred Halliday, por ejemplo, *Repensando as Relações Internacionais*,⁶⁰ de 1999, al presentar los nuevos temas de estudio del área, simplemente ignora las relaciones culturales.

Es evidente que la disparidad de las posiciones ante el mismo fenómeno se debe, por un lado, tanto al disenso sobre la importancia del tema cultural como sobre los conceptos operativos necesarios y, por otra parte, debido a la naturaleza intrínseca de las relaciones culturales entre los países, siempre envueltas en una amalgama de cooperación-rivalidad, propaganda-nacionalismo, secreto-influencia. Por eso, la problemática cultural todavía carece, y mucho, de investigaciones y análisis puntuales que den como resultado estudios de casos numéricamente abundantes, de manera tal que puedan constituir un área de estudio significativa, ya sea por países, regiones o períodos.

58. *Ibid.*, p. 347.

59. Del Arenal, Celestino. *Introducción a las relaciones internacionales*. Madrid, Tecnos, 1994, p. 355.

60. Halliday, Fred. *Repensando as Relações Internacionais*. Porto Alegre, UFRGS, 1999.

En este sentido, nos parece que el concepto operativo más apropiado es el de *política cultural exterior* pues -con excepción de encuentros personales y espontáneos, y hasta cierto punto- ninguna relación o acción cultural se realiza sin la autorización, el acuerdo o el apoyo (político y/o económico) del estado, cuando no es directamente planificada, dirigida o subvencionada por el mismo. El estudio de las políticas culturales externas de los países es, a nuestro modo de ver, una ingeniería de investigación válida, en la medida en que revela, *à la fois*, la importancia de las mismas en el conjunto de las políticas externas de los países, los tipos de acciones privilegiadas, las etapas o avances (o no) de tales políticas, las geopolíticas de las acciones, los actores involucrados (intelectuales, artistas, diplomáticos, etc.), los productos ofrecidos (libros, radio, cine, etc.), los medios de acción (congregaciones religiosas, colegios, escuelas de lenguas, centros culturales, becas de estudios, etc.), los resultados obtenidos, los impactos, a largo plazo, de esas políticas para los países referidos, el sentido de los proyectos desarrollados.

El estudio de las políticas culturales, o de la diplomacia cultural para algunos, no es, por lo tanto, el estudio de la influencia de la cultura A sobre la B. Al contrario, va más allá del aspecto reductor del encuentro cultural en la medida en que parte del presupuesto de que ninguna cultura traspasa sus fronteras nacionales de manera espontánea y aleatoria, aún teniendo en consideración, también, ese aspecto del encuentro cultural. Sin embargo, el peso de las afinidades culturales, de la presencia, de la influencia y del prestigio de una cultura nacional en determinada área del globo es, invariablemente, resultado de un proceso, de una política más o menos exitosa que determinará la aproximación o el alejamiento entre las sociedades. Este abordaje permite reducir el número de variables que intervienen en el estudio de las relaciones culturales, al tiempo que delimita el objeto.

Identificar y analizar el papel reservado al factor cultural en los diferentes paradigmas de las Relaciones Internacionales, considerar los estudios sobre las relaciones interculturales realizados por la antropología, la sociología y las ciencias políticas, permite un abordaje multidisciplinario del asunto que, a su vez, permitirá integrar nuevos conceptos y problemáticas a nuestro tema. Después de una primera fase de investigaciones históricas sobre casos concretos,⁶¹ consideramos

61 Por ejemplo, sobre la política cultural francesa: cf. Lessa, Mónica Leite. *L'Influence intellectuelle française au Brésil; contribution à l'étude d'une politique culturelle (1886-1930)*. Villeneuve d'Ascq, P. Universitaire du Sptentrion, 2001. Cf. Suppo, Hugo R. "O livro na política cultural francesa no exterior", en *Anis da XXI Reunião da SBPH*. Curitiba, SBPH, 2002, vol. 1, pp. 109-113. Trenet, Charles "Edit Piaf, Ray Ventura e Maurice Chevalier e a imagem da França", en *XXI Simposio Nacional de História - Associação Nacional de História ANPU*. Niteroi, 2001. "O livro francês: patrimonio inalienable da França, en *IX Simposio Regional de História ANPUH*, Niteroi, 2000. "A política cultural da França no Brasil entre 1920 e 1940: o direito e o avesso das missões universitarias", en *Revista de História*. São Paulo, USP, 2000, vol. 142-143, pp. 309-345. "Louis Jovet en Amérique Latine: au delà de la propagande de Vichy, en *Cahiers Des*

necesario iniciar una segunda etapa con el objetivo de construir un cuadro explicativo de las diferentes modalidades de interacción entre las diversas culturas y de las políticas culturales en el plano internacional. Inventariar las diferentes manifestaciones del hecho cultural que es, esencialmente, multiforme -siguiendo las orientaciones de Friedlander- equivale a elaborar una taxonomía de las relaciones interculturales bastante pertinente y basada en tres ejes: aculturación y dependencia, confrontación y recusación, simbiosis e interdependencia, lo que resultará en un esfuerzo para crear “modelos”, “sistemas” y “reglas” que expliquen la dinámica de las políticas culturales.

A su vez, la construcción de “modelos”, de “sistemas” o de “reglas” puede beneficiarse mucho de los tres presupuestos empleados por Duroselle en la elaboración de su teoría de las relaciones internacionales sustentada en la historia: el empírico (basado en hechos concretos el evolutivo (tiempo) y el metódico (analogías y regularidades).⁶² En ese sentido, se trata de definir las categorías de interpretación de manera articulada, vinculando los hechos a la serie de hechos, a la situación, al problema y su evolución.

¿Pero qué es la política cultural? Por política cultural exterior se comprende un conjunto de acciones planeadas para amparar y/o fomentar los vínculos entre las naciones. Ésta política contribuyó con la difusión y la venta de productos culturales -de la lengua nacional al producto de lujo- del producto cultural por excelencia, el libro, a las obras artísticas elevadas al patrimonio cultural nacional de exportación (teatro, ópera, ballet, música, exposiciones de obras de arte, cine, etc.). Intenta igualmente establecer cooperaciones técnicas y científicas, intercambios y acuerdos universitarios, difundir autores e ideas por medio de conferencias, seminarios o cursos, organizar conmemoraciones internacionales (por ejemplo, 1492, 1500) y eventos de carácter transnacionales: exposiciones internacionales, ferias de libros, festivales internacionales, exposiciones de arte de carácter itinerante, etc.⁶³

Amériques Latines. París, 1999, vol. 1, pp. 187-204. “Intelectuais e artistas nas estratégias de propaganda cultural no Brasil (1940-1944), en *Revista de História*. São Paulo, 1995, vol. 1, pp. 75-88. *La politique culturelle française au Brésil entre les années 1920-1950*. Villeneuve d’Ascq, P.Universitaires du Septentrion, 2000, vol. 3, p. 1149. “Le Brésil pour la France: la construction d’une politique culturelle française, 1920-1950”. en *Le Brésil et le monde. Pour une histoire des relations internationales des puissances émergentes*. París, Éditions L’Harmattan, 1998. “A política cultural da França no Brasil nos anos vinte e trinta: o método Georges Dumas, en *Brazilian Studies Association-Third Conference*. King’s College Cambridge, 1996. *La présence culturelle française au Brésil dans les années 1940-1944*. Maestría en Historia, Université de París III, 1993. Sobre la política cultural brasileña: Cf. Suppo, Hugo R. “O significado do Congresso”, en *Terceiro Congresso Científico Latino-Americano (1905)*. Brasília, CGE, 2002. “A dimensão cultural da política externa brasileira nos anos 1930”, en *XXII Reunião Anual da SBPH*. Soc. Bras. de Pesquisa Histórica, Rio de Janeiro, 2002.

62. Duroselle, Jean Baptiste. *Tout Empire périra. Théorie des relations internationales*. París, A. Colin Ed., 1992, p. 33.

La propaganda nacional del país A en el país B persigue objetivos por encima de la política cultural que realiza o asegura, aunque de manera nunca declarada. Fideliza una “clientela cultural” y contribuye a las exportaciones de sus industrias. La política cultural es un poderoso instrumento con diferentes posibilidades de usos y ventajas. Tiene la particularidad de abarcar la dimensión de la propaganda nacional (intrínseca a la naturaleza de las políticas culturales) sin develarla explícitamente. De esa manera se preserva, al mismo tiempo, de las “rivalidades” de los demás países así como de las “desconfianzas” o “nacionalismos locales”. En ese sentido, la política cultural no se limita a las iniciativas emanadas exclusivamente del estado. Éste se beneficia aún más de los trabajos y competencias de los profesores, intelectuales, artistas, científicos u ONGs que dependen del estado o que para el estado contribuyen involuntaria o voluntariamente (dado que dependen de un documento autorizado) de una subvención, de la presentación de un diplomático bien relacionado, del concurso de los Ministerios de Relaciones Exteriores para obtener una exposición exitosa, una gira bien promocionada, etc. La reciprocidad no es, absolutamente, un elemento necesario, ni alcanzado. Lo que realmente interesa es la penetración cultural seguida de la “clientelización”, ya sea de una gran parte de la población -en el caso de la cultura masiva, modelo norteamericano- o de las élites y de los estados, como en el caso del modelo francés.⁶⁴

Por otro lado, se observa que tanto en los países periféricos, como en el Brasil, se invierte en política cultural. En ese sentido, como señaló Thomas Skidmore,⁶⁵ el emperador Pedro II dio continuidad a la iniciativa de su abuelo -cuya invitación realizada a un grupo de artistas franceses originó la famosa Misión Artística Francesa en 1816- multiplicando acciones que fueron desde invitaciones oficiales hasta la publicación de obras de propaganda, sin abandonar la oportunidad de asegurar la presencia brasileña en uno de principales foros de propaganda del siglo XIX: las Exposiciones Universales. Brasil participó de las exposiciones de París (1867), Viena (1873) y Filadelfia (1876), apuntando a la promoción del “suelo fértil” y de su “nacionalidad pacífica, inteligente y laboriosa” -como puede ser leído en la introducción del catálogo de la Exposición Universal de 1876- en suma, cualidades consideradas esenciales para atraer la mano de obra europea cooptada por las agencias brasileñas de inmigración.

Además de eso, Pedro II se empeñó en una política de invitaciones a europeos ilustres encargándolos de organizar instituciones de enseñanza superior, fundar colegios destinados a las élites, consolidar o modernizar instituciones científicas o culturales, organizar la arquitectura y el paisaje de la capital del Imperio, animar la vida cultural con temporadas líricas o promover la imagen del Brasil en el exterior. Las publicaciones encargadas y/o patrocinadas por el estado fueron igual-

63. Lessa, Mónica Leite. “Relações culturais internacionais”, en Menezes, Rollemberg y Munteal, *Olhares sobre o político*. Río de Janeiro, EdUERJ/Faperj, 2002, pp. 11-26.

64. *Ibid.*, pp. 11-26.

mente importantes para la propaganda brasileña. Por ejemplo, en 1889 el emperador encargó al barón de Santa-Ana Nery la organización de un libro, *Le Brésil*, escrito en francés, para ser distribuido en ocasión de la Exposición Universal de París, con artículos de diferentes autores, para contribuir a la propaganda del país, de sus riquezas y progresos. Pero, según Skidmore, este sería apenas uno de los muchos libros de propaganda editados con el apoyo del gobierno imperial. Además de Santa-Ana Nery, entre muchos que contribuyeron con los proyectos de Pedro II, se destacó el barón de Rio Branco -en misión diplomática por Europa durante varios años -como uno de los grandes difusores de la imagen del Brasil en el exterior, al organizar un artículo en la *Grande Encyclopédie* y una biografía laudatoria sobre el emperador, ambos publicados en París en 1889. Nombrado ministro de Relaciones Exteriores (1902-1912), el barón de Rio Branco continuó durante la República la política de promoción de la imagen del Brasil iniciada en el Segundo Imperio e internalizada en su práctica por la diplomacia brasileña.⁶⁶

Al respecto, Gilberto Freyre observó “el desarrollo, en el Brasil, de colegios elegantes para niñas, bajo la dirección de religiosas francesas y belgas. Ese desarrollo había sido impulsado por el barón de Rio Branco, cuando era un poderoso personaje en Itamaraty -que por aquella época era una especie de ministerio como el de Educación y Cultura- participando para que llegasen a Río de Janeiro intelectuales europeos de prestigio, artistas, médicos de renombre, y ministerio también de Información o Propaganda, responsable en cierto modo por la “buena prensa” francesa, y a veces inglesa, en torno a los valores brasileños.”⁶⁷

Las ambiciones brasileñas se concretizaron con la participación en el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual (IICI), órgano precursor de la UNESCO y creado en el seno de la Sociedad de las Naciones (SDN), donde el Brasil actuó aún después de su salida de la SDN en 1926.⁶⁸

Finalmente, podemos concluir recordando que la falta de un marco conceptual y metodológico acabado y consensuado no es exclusivo de los estudios de la dimensión cultural de las relaciones internacionales. Celestino del Arenal señala que la corta historia de la disciplina Relaciones Internacionales se caracteriza justamente por la “existencia de una enorme variedad de escuelas y concepciones teóricas y la falta de un marco conceptual, teórico y metodológico, así como de un objeto de estudio, comúnmente aceptado por la mayoría de los especialistas”.⁶⁹

65. Skidmore, Thomas. *O preto no branco*. Río de Janeiro, Paz e Terra, 1989, p. 143.

66. Ricupero, Rubens. *Río Branco. O Brasil no mundo*. Río de Janeiro, Contraponto/Petrobras/UERJ, 2000, p. 63.

67. Freyre, Gilberto. *Ordem e Progresso*. Río de Janeiro, Record, 1990, pp. CLXLIX-CL.

68. Cf. Lessa, Mónica Leite. “A política cultural brasileira e a Sociedade das Nações”, en *Anais da XXII Reunião do SBPH*. Curitiba, 2002, vol. 1, pp. 89-97.

69. Del Arenal, Celestino, *op. cit.*, p. 98.

RESUMEN

Los factores culturales son considerados cada vez en mayor medida como determinantes a la hora de analizar la política exterior de los estados. Ciertamente la cultura, entendida como un sistema de valores, es un poderoso factor de influencia en la política externa de los países y, por consiguiente, un elemento de aproximación o conflicto entre los estados. No obstante, la dimensión cultural de las relaciones internacionales ha sido poco abordada o considerada secundaria en la mayor parte de los trabajos que han analizado el caso brasileño.

Este trabajo, a partir del análisis del papel otorgado por la bibliografía clásica a la dimensión cultural de las relaciones internacionales brasileñas, y desde una óptica multidisciplinaria, propone nuevas reflexiones teóricas y metodológicas para el estudio de esta problemática.

ABSTRACT

Cultural factors are increasingly taken into account when analyzing states' foreign policy. Certainly culture, understood as a value system, is a powerful factor influencing countries' foreign policy and therefore an element in rapprochement or conflict between states. Nevertheless, the cultural dimension of international relations has been little addressed or has been considered of secondary importance in most of the analyses of the Brazilian case. This paper, based on an analysis of the role assigned in classical bibliography to the cultural dimension of Brazilian international relations, and from a multidisciplinary viewpoint, proposes new theoretical and methodological reflections for the study of these problems.